

EL PANTALON AZUL

Fany Gularte



Image not found.

Capítulo 1

EL PANTALON AZUL

- Cuento -

En una época en mi infancia, la inseguridad económica que atravesaba mi familia obligaba a mi padre a trabajar durante 12 horas diarias en la fábrica textil donde era encargado del personal.

Sus magros ingresos alcanzaban apenas para cubrir los gastos de mi hogar que – por azar del destino – se había incrementado acogiendo a mis abuelos maternos y a una tía de mi madre, que se habían mudado con nosotros debido a problemas de salud.

Seis personas y un solo ingreso. Mi padre salía temprano en la mañana y sólo regresaba ya entrada la noche, con el cansancio pintado en su rostro y la preocupación por el dinero escaso siempre rondando su pensamiento.

Mi madre intentaba ayudar a la economía familiar y recurría a cientos de artilugios para ahorrar en lo que fuera posible, y de esta manera había gastos que – aunque necesarios – se habían vuelto superfluos y postergables.-

Yo era un niño en pleno crecimiento y eso hacía que regularmente estuviera escaso de prendas de vestir, las que luego de remendadas y zurcidas en incontables ocasiones, dejaban de serme útiles y era necesario sustituirlas. Mi madre apelaba entonces a la caridad de algunos familiares que, al tener niños más o menos de mi edad, podían contribuir con alguna prenda que ella reformaba para mí.-

Mi primo Agustín, algo mayor que yo, era obeso y bajo de estatura. Y de él provenía la mayoría de las prendas que mi madre intentaba adaptar para mí.-

Ese día que aún mantengo fresco en mi memoria, la prenda en cuestión era un pantalón de vestir que – pinzas en la cintura de por medio – me había preparado mi mamá para concurrir a clases. Su arte en la costura no había logrado darle forma adecuada para mí y aún con un cinturón apretado hasta el último ojal, me sobraba tela por ambos lados y me faltaba largo, a tal punto que mis medias lucían soberbias en todo su esplendor ya que el pantalón apenas si cubría su borde.-

En mi inocencia infantil no había notado que estaba ridículo hasta que un compañero – el más listo de la clase – miró atentamente mi pantalón y me dijo una frase que no entendí: “echale alpiste”. Las risas de los demás compañeros me dieron a entender que se estaba burlando de mí, y

aunque no entendí el significado de las palabras, el tono en que fueron dichas y el coro de carcajadas que las acompañó, me llenaron de vergüenza.

Volví a casa cabizbajo, lamentando mi suerte e intentando descifrar las palabras de mi compañero que tanto me habían perturbado aún sin saber qué burla encerraban.-

Cuando en casa la repetí a mis abuelos y mi madre, no hubo necesidad de explicar nada. Aún recuerdo la tristeza en los ojos de mi abuelo, un señor lleno de orgullo y dignidad. El, que había sabido mantener decorosamente a su familia, se encontraba hoy tan enfermo y empobrecido que solo podía lamentar la situación sin encontrar una solución. Pero el cariño que sentía por mí le llenó de amargura al ver mi angustia ante la burla y su impotencia para solucionarlo.

Mi madre no dijo nada.

Como todos los días, ella se preparó para recibir a mi padre que llegaba del trabajo. Era su rutina diaria: preparaba el mate, lo esperaba con una sonrisa y se sentaban ambos en la pieza del fondo, solos, disfrutando de un momento de intimidad mientras mi madre le contaba los pormenores del día, y mi padre la escuchaba silencioso, asintiendo de vez en cuando ante sus palabras.

Ese día todo transcurrió igual. Ví desde la puerta el ritual acostumbrado. Desde mi lugar no alcanzaba a oír la voz de mi madre, pero a diario los observaba e imaginaba las cosas que le decía. Muchas veces eran quejas por mi comportamiento; en esas oportunidades mi padre levantaba la vista hacía mí y su rostro ensombrecido me miraba en silencio. Notaba en sus ojos la preocupación por mi conducta, pero cuando mi madre no lo veía, sonreía apenas y con un guiño cómplice me decía que todo estaba bien. Yo lo amaba por eso. Su amor incondicional no variaba por una o dos travesuras de su hijo.

En esta ocasión, mientras mi madre hablaba, levantó la vista hacia mí y la impotencia que vislumbré en su mirada me llenó de congoja. No logré entender lo que pasaba por su corazón, pero su dolor me inundó de culpa. Pensé que las quejas de ese día de mi mamá habían sido mayores, repasé mentalmente qué podía haber hecho yo de malo para que mi padre mi mirara de esa manera. No encontré nada significativo. Me retiré acongojado, enojado con mi mamá por llevarle chismes sobre mí, y culpable de algo que no recordaba haber hecho. El día había sido fatal. Desde la burla de mi compañero en el colegio, todo había ido empeorando.

Dormí mal, soñé que me perseguían y me sacaban mi ridículo pantalón, y yo sufría humillaciones varias mientras mi padre me observaba en

silencio.-

Al día siguiente al levantarme, mi madre me sorprendió al decirme que íbamos a salir temprano, antes del mediodía. Me llevó con paso apurado a la mejor tienda de ropas para jóvenes de la ciudad, y salimos del local con un par de prendas en las que destacaba un hermoso pantalón azul, a mi medida, perfecto, del largo adecuado y a la moda. Era muy caro. Lo había visto en la vidriera al entrar, pero al ver el precio supe que era demasiado para nuestro presupuesto. Pero mi madre, con voz decidida, había dicho que era justo lo que buscábamos y lo que mi padre le había encargado comprar.

Mi alegría era infinita, mi gratitud me daba ganas de ser el chico más bueno de la ciudad para siempre. Sabía que lo iba a lucir ante mis compañeros de estudios y que nadie se burlaría de mí. Eso era lo único que me importaba en ese momento. No comprendí – mi egoísmo infantil me lo prohibió – cuántas cosas habrán sacrificado mis padres para que yo pudiera lucir ese pantalón azul, el más caro. Tal vez mi padre debió trabajar durante algún tiempo alguna hora más, tal vez mi madre dejó de adquirir alguna cosa que le era necesaria para la casa. Los dos pudieron ignorar la burla de mis compañeros y mi angustia, pero el amor que me tenían pudo más.-

La vida me llevó por muchos rumbos. Recorrí distintos países, ciudades y pueblos; gané dinero rápidamente y lo perdí de igual manera. Conocí otras culturas, otras realidades. Sufrí y fui feliz, amé mucho y me amaron más. Caí y me levanté muchas veces. Y cada vez que armé mis maletas, mezclado entre mis trajes italianos y mis perfumes franceses, acomodaba como un tesoro mi pantalón azul. Desteñido, gastado y ya sin utilidad práctica, no me he desprendido de él. Espero que algún día lejano una mano amorosa lo acomode plácidamente a mi lado en mi viaje final. Es el símbolo que he conservado a través de los años de lo que es el amor, y del sacrificio que implica cuando es verdadero.